

Los dos percebeiros

No, no estoy enfadada. Ya no. Hace tiempo que la rabia ha ido cediendo a un dolor difuso y oscuro. Un dolor oceánico, sin inicio ni fin, sin relación ni con el tiempo ni con el espacio, pero que puede acrecentarse por momentos hasta hacerse insoportable, como un calambre intestinal, y darme ganas de echar mi cuerpo a tierra, gritar y gritar, pero hace mucho que ya no grito ni lloro. Uno aprende a comportarse como es debido hasta en las situaciones menos debidas. Solo a veces, cuando los atardeceres se hacen insoportables de tanta belleza no compartida, lloro por dentro. Cuánto nos gustaba ver, mano en mano, cómo el sol se desliza desde el cielo, despacio pero imparabile, para luego sumergirse detrás del horizonte en tus calmas aguas.

Sé que la culpa no fue tuya. Tú tienes tu naturaleza, tu forma de ser. Ya sabemos cómo eres. Sabemos que eres peligroso cuando te enfadas. Sabemos que hay que evitarte cuando se desencadenan tus demonios, cuando desde tus entrañas se liberan las fuerzas más arcaicas, que existen desde el inicio de todos los tiempos. La rabia, la ira, las ganas de destrucción y de arrasarse con todo lo que en algún momento fue creado, como si tuvieras necesidad de demostrar tu poderío, como si tuvieses una voluntad propia que aun hace temblar y agachar la cabeza al menos creyente entre los humanos. Y aquel fatídico día rugías ya desde la noche anterior. Estábamos avisados.

Pero ellos tampoco tenían la culpa. Vicente no quiso salir. Apoyado impasiblemente en la pared del porche no quitaba ojo al horizonte. Sacudía la cabeza y volvió para dentro: - Imposible, no hay forma. Pero Borja, joven, audaz, impaciente le insistía: - Pero Papá, no es para tanto, peores tormentas hemos visto. Vicente no le hizo caso. El mar hay que respetarlo. Es generoso. Da comida y trabajo. Pero también es imprevisible. Puede arrebatarte todo: el equipo, el barco y hasta la propia vida. A Borja no le asustaba el peligro, afrontándolo se crecía. Además, siempre hay rocas más seguras, recodos más amparados donde al percebe le gusta estar. Consultó su móvil, el parte prometió mejora. - Eso está amainando. Salió a fuera y volvió para dentro, una y otra vez: - Papá, es la época. ¿Cuándo es, si no es ahora?

No sé lo que venció a Vicente aquel día. Me lo he preguntado muchas veces durante largas noches en vela y no sé la respuesta definitiva. Quizá entre aquellas borrascas que azotaban la costa se le aparecieron los fantasmas desconcertantes de la vejez y quiso vencer su propio miedo, quizá quería seguir siendo el héroe de su hijo que siempre había sido o quizá solo pensaba en las necesidades de la familia, que eran tantas. Volvió a escrutar el horizonte valorando la fuerza del aire, puso cara de perro que olfatea el viento y de pronto, cuando yo ya en sus ojos achinados había leído que hoy no era día de salir, dijo, con labios apretados: - Pues venga, ya vamos.

Hasta llegué a pensar que la culpa fue mía. Y a veces, de noche, cuando la lluvia tamborilea en el tejado y no me deja dormir, aún sigo creyéndolo. Yo insistía que por fin había que cambiar las ventanas de la casa, porque el viento soplaba por las ranuras y la humedad se colaba en el salón y en las habitaciones en los días de niebla. Yo quería ventanas modernas, de doble cristal, como en la casa nueva de la vecina, para ahorrar calefacción en invierno. Y quería, por fin, arreglarme los dientes porque parezco una vieja cuando voy por la calle. ¿Pero es tanto pedir que tuviera que pagar tan caro?

Con estas preguntas vengo todos los días a esta roca, donde el barco se estrelló. Observo las olas, miro los colores del agua, la espuma que se forma, escucho tu voz: necesito hablar contigo para no hundirme.